

Capitalismo y revolución

Una explicación al progreso
de la humanidad

GABRIEL TORTELLA

El capitalismo liberal en el siglo XIX y su sucesor, el sistema socialdemócrata, en el siglo XX, han producido un crecimiento económico y un aumento del bienestar para un número creciente de seres humanos como no se ha conocido nunca en la historia. La humanidad ha experimentado en los últimos doscientos cincuenta años un progreso económico y social sin precedentes.



Manhattan, el emblema del capitalismo.

Foto: © Shutterstock.

Las últimas tres centurias han contemplado un ritmo de desarrollo económico, político y social sin precedentes. Las transformaciones han sido profundas y los niveles de bienestar han mejorado insospechadamente. Este desarrollo no ha sido lineal, sino puntuado por dos grandes revoluciones, la burguesa (siglos xvii-xix) y la proletaria (siglo xx). El resultado ha sido una evolución por etapas. Simplificando mucho estas han sido: feudalismo, capitalismo y socialdemocracia. *Pari passu*, ha tenido lugar una lucha por la igualdad y la justicia social, que ha logrado grandes mejoras, pero también ha conocido fluctuaciones.

Existe una clara continuidad entre el capitalismo actual y las instituciones económicas de la Edad Media como los gremios, los mercados, los talleres, los banqueros, las prácticas mercantiles, e incluso las formas del seguro marítimo

medieval. Se inicia entonces un proceso de desarrollo económico, durante muchos siglos larvado y gradual, pero que paulatinamente adquiere ritmos crecientes, sobre todo a partir de los descubrimientos geográficos de los siglos xv y xvi. Esto queda elocuentemente reflejado en el gráfico 1, que nos ofrece la evolución de la renta nacional por habitante en libras esterlinas constantes (es decir, eliminado el efecto distorsionador de la inflación) en Inglaterra desde la Edad Media hasta nuestros días.

GRÁFICO 1. *Renta por habitante en Inglaterra, 1270-2016.*



Source: Broadberry, Campbell, Klein, Overton, and van Leeuwen (2015) via Bank of England (2017)
 Note: Data refers to England until 1700 the UK from then onwards.
 OurWorldInData.org/economic-growth · CC BY-SA

LAS DOS GRANDES REVOLUCIONES

El crecimiento económico, demográfico, político e institucional en general cobra fuerza renovada desde los albores de la revolución industrial (finales del siglo xvii en Inglaterra), que en realidad entraña una serie de revoluciones en una serie de campos, no solo en el económico.

La revolución inglesa renueva profundamente la organización política, que luego será adoptada y adaptada en Estados Unidos y Francia (en forma republicana) a finales del siglo XVIII, en muchos paí-

ses europeos y americanos en el siglo XIX, y que se generalizará en el mundo en el siglo XX. La revolución inglesa además renueva la ciencia social: la economía, la ciencia política, la historia científica, nacen en el siglo XVII en Inglaterra (Hobbes, Locke, más tarde Hume y Adam Smith) y en el XVIII en Francia (Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Condorcet).

La segunda gran revolución contemporánea tiene lugar en el siglo XX. Esta «revolución proletaria» del siglo XX tuvo dos vertientes: la «comunista», autoritaria y antidemocrática, que triunfó en Rusia en 1917; y la socialista, gradual y democrática, basada en el sufragio universal (primero masculino, más tarde de ambos sexos) que se había iniciado en los países escandinavos y en Australia y Nueva Zelanda antes de la Primera Guerra Mundial, pero que cobró vigor en los grandes países europeos durante esta guerra y su posguerra. Esta segunda revolución en su versión democrática, al introducir el sufragio universal, dio el voto a la clase obrera, que se había visto excluida del Parlamento, y por tanto del poder político, por el sistema de voto censitario (solo votaban los contribuyentes de un cierto nivel).

La entrada de la clase obrera en el poder en el siglo XX trajo consigo el establecimiento del sistema asistencial ge-

Los adelantos permitieron una sensible mejora del nivel de vida y grandes aumentos de la población en el siglo XIX

neralizado que hemos dado en llamar el Estado de bienestar. Este se había iniciado tímidamente en Alemania y Dinamarca en el siglo XIX, pero fue extendiéndose junto con la democracia por Europa, primero, por gran parte del mundo, en especial el desarrollado, más tarde.

La revolución socialdemócrata no fue violenta, sino gradual y parlamentaria. Los observadores, los políticos coetáneos, e incluso la gran mayoría de economistas e historiadores, se sintieron hipnotizados por la espectacular aventura de la revolución rusa de 1917 y no se dieron cuenta de que la verdadera y profunda revolución proletaria estaba teniendo lugar pacíficamente en los países de Europa occidental de la mano de los partidos socialistas y socialdemócratas.

LA INDUSTRIALIZACIÓN Y LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA

La centuria que siguió a la caída del breve imperio napoleónico contempló el establecimiento gradual del liberalismo parlamentario y la difusión de la modernización económica, que en gran parte coincidió con la industrialización. El crecimiento económico de ese periodo no conoció precedentes (aunque parezca modesto en comparación con el del siglo XX).

Pensemos en las grandes innovaciones que se introdujeron: la máquina de vapor, que se utilizó tanto en la industria como en el transporte: ferrocarril y navegación a vapor. La mecanización de la industria textil. Los altos hornos y convertidores que abarataron la producción de acero, material clave tanto en la industria como en el transporte, la construcción y las obras públicas (la Torre Eiffel es quizá el símbolo más conocido del triunfo del acero como

material de construcción, pero los rascacielos son otro). Comenzó a mecanizarse también la agricultura y el empleo de fertilizantes naturales e industriales gracias a lo cual aumentó espectacularmente la producción de alimentos. Los descubrimientos en materia de electricidad permitieron distintos sistemas de comunicación por cable y más adelante la transmisión de energía a grandes distancias.

Todos estos adelantos y muchos más que podrían citarse permitieron una sensible mejora del nivel de vida, grandes aumentos de la población y mayores aumentos aún de la población urbana. Las primeras páginas del *Manifiesto* comunista de Marx y Engels constituyen todo un canto admirativo al progreso económico de la primera mitad del siglo XIX.

Sin embargo, como el propio *Manifiesto* se apresuraba a resaltar, este progreso tenía un lado oscuro: la industrialización trajo consigo la proletarización. Los campesinos pobres emigraron a las ciudades en busca de mejores salarios, pero su nivel de vida permaneció muy bajo y sobre todo se encontraba al albur de las fluctuaciones del mercado. El liberalismo radical colocaba a estos proletarios a la merced del ciclo económico, sin protección de ninguna clase y sin capacidad para crear sindicatos ni partidos políticos, ya que, por ser pobres, no pagaban impuestos pero tampoco tenían derecho a voto, por lo que sus representantes carecían del poder político necesario para

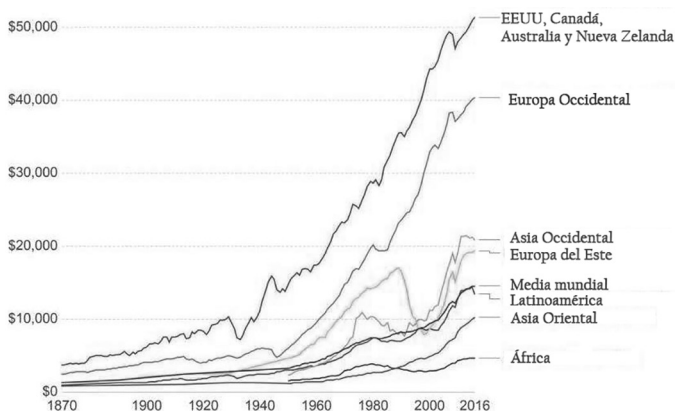
Las primeras páginas del *Manifiesto* comunista de Marx y Engels constituyen todo un canto admirativo al progreso económico de la primera mitad del siglo XIX

introducir legislación asistencial. Mujeres y niños se veían empleados en las fábricas sin ninguna protección y por salarios miserables. La economía de mercado tiende a crecer cíclicamente y en periodos de crisis la bajada de salarios y los despidos estaban a la orden del día. Nada tiene de extraño que aparecieran partidos revolucionarios que exigieran un cambio radical en las relaciones laborales.

COMUNISMO Y SOCIALDEMOCRACIA

Con todo, durante la segunda mitad del siglo XIX las economías siguieron creciendo y el nivel de vida de los trabajadores mejoró, aunque las desigualdades de nivel de vida siguieron siendo escandalosas. El gráfico 2 permite hacerse idea de los ritmos del crecimiento en las grandes regiones del mundo desde el último tercio del siglo XIX hasta nuestros días (las cifras también son, como las del gráfico 1, por habitante y eliminando la inflación).

GRÁFICO 2. PIB mundial por habitante y regiones: 1870-2016.



Fuente: Maddison Project Database (2018)

Apareció entonces en el movimiento obrero, que poco a poco fue organizándose en sindicatos y pequeños partidos, una tendencia reformista frente a la doctrina revolucionaria de Marx y de los anarquistas. En la Inglaterra de fin de siglo, sindicalistas, socialistas e intelectuales formaron el

movimiento «Fabiano» (gradualista), que propugnaba la reforma y sobre todo la lucha política por el sufragio universal, que daría poder político a la clase obrera sin necesidad de la famosa «dictadura del proletariado» que Marx preconizó. Nació así el partido laborista británico, luchando por lograr representación parlamentaria.

En Alemania, un discípulo de Engels, Eduard Bernstein, proclamó claramente que el crecimiento económico permitiría que el nivel de vida de la clase obrera mejorara sustancialmente sin necesidad de revolución: nació así la fracción reformista del partido socialista alemán, ferozmente criticada por los izquierdistas ortodoxos. El Partido Socialista alemán terminó por prevalecer después de la guerra mundial. En Alemania, por otra parte, Bismarck había proclamado el sufragio universal en 1867 y, aunque con ciertas cortapisas, el Partido Socialista alemán tuvo una nutrida representación parlamentaria desde finales de siglo.

Un discípulo de Engels, Eduard Bernstein, proclamó claramente que el crecimiento económico permitiría que el nivel de vida de la clase obrera mejorara sustancialmente sin necesidad de revolución

El socialismo revolucionario, que se aferraba a los textos más incendiarios de Marx (hay evidencia fragmentaria de que el propio Marx en sus últimos años se percató del «aburguesamiento» de los trabajadores ingleses y de las posibilidades de un movimiento reformista), quedó personificado en uno de los líderes del Partido Socialdemócrata ruso, Vladimir Lenin, que creó una escisión que se llamó «bolchevique» (mayoritaria) en el propio Partido Socialdemócrata. En la atrasada Rusia las posibilidades de reforma parecían más lejanas, y eso, más la férrea voluntad de Lenin y la ayuda de los alemanes durante la guerra, permiten explicar el éxito del socialismo revolucionario en Rusia, en 1917, mientras fracasaba en Europa occidental.

La opinión mundial pensó que la revolución proletaria tuvo lugar en Rusia, que luego la exportó. Pero la verdadera revolución proletaria, la que llevó al poder a los sindicatos obreros y a los partidos socialistas (o laboristas), estaba teniendo lugar por medios pacíficos y legales en el mundo occidental. Se inició en Alemania, Suecia e Inglaterra durante la Primera Guerra Mundial y su inmediata posguerra, con la implantación del sufragio universal, primero masculino, luego de ambos sexos, y, casi simultáneamente, las grandes medidas de protección social que más tarde fueron englobadas en el llamado Estado de bienestar: seguro de desempleo, seguro de enfermedad y de accidentes laborales, educación gratuita, viviendas subvencionadas, pensiones públicas, programas intensivos de obras públicas, transportes subvencionados, vacaciones pagadas y un largo etcétera. Este programa se fue extendiendo im-

parablemente por todos los países desarrollados, incluidos los Estados Unidos, el más refractario a la intervención del Estado en la economía, pero donde las penalidades de la Gran Depresión de los años treinta hicieron no solo aceptable sino deseable el programa conocido *New Deal*, modesto sin embargo en comparación con los sistemas de bienestar europeos.

EL ESTADO DE BIENESTAR: LUJO DEL DESARROLLO

La revolución proletaria, que se desarrolló durante la primera posguerra mundial, creó tales tensiones que acabó precipitando la Segunda Guerra Mundial. En varios países europeos, sobre todo en Alemania e Italia, pero también en Portugal, España, Grecia, Rumanía, Hungría, y algunos otros de más dudosa clasificación, surgieron movimientos «fascistas» que pretendieron combatir al comunismo con sus mismas armas: golpe de Estado, partido único, dictadura, férreo control del mercado laboral, y a menudo de la economía en general, de la cultura y de los medios de comunicación; en una palabra, lo que ha recibido el nombre de totalitarismo.

Tanto comunistas como fascistas abominaban de la democracia liberal y del capitalismo. Alemania, el gran líder de este movimiento fascista (que allí se llamó nacionalsocialismo, nazismo) aspiraba a dominar el continente europeo, que los nazis consideraban poblado en gran parte por razas inferiores. Este imperialismo agresivo condujo irremisiblemente a un enfrentamiento en 1939 con la otra gran potencia en Europa occidental que podía hacerle frente, Inglaterra, que terminó por aliarse

con la Unión Soviética, coaligada primero con Alemania y más tarde invadida por esta. La entrada de Estados Unidos en la guerra, en apoyo sobre todo de Inglaterra y de sus aliados en el océano Pacífico, aceleró el fin de la contienda.

En los países occidentales, tras la Segunda Guerra Mundial se reanudó la implantación del Estado de bienestar, tanto como salvaguarda contra la amenaza comunista como por la propia dinámica política, ya que los partidos de izquierda y los sindicatos emergieron con renovado poder después de la contienda.

Además del poder político, la implantación del programa socialdemócrata contaba con el apoyo de intelectuales y de economistas de primera fila. Curiosamente, el espaldarazo vino del gran economista liberal John Maynard Keynes, que con su defensa del gasto público y la redistribución de la renta como herramientas para combatir la depresión ofreció sólidos argumentos en favor de la política asistencial. Por caminos muy diferentes, el otro gran economista de la primera mitad del siglo xx, el austríaco-americano Joseph Alois Schumpeter, llegó a las mismas conclusiones: el capitalismo atomístico da lugar, por razones de dinámica tecnológica, a grandes conglomerados y gigantes multinacionales, que adquieren enorme poder político y colisionan y colisionan con el Estado. Esto justifica la intervención de este en la economía, porque la mano invisible de Adam Smith ya no funciona, los mercados ya no se ajustan como antes y el Estado gradualmente debe adoptar un papel rector.

Otro gran economista, con inclinaciones menos teóricas y más ejecutivas, William Beveridge, fue el gran impulsor en el Reino Unido del Estado de bienestar. Autor de un informe

Más que de ideas, el Estado de bienestar es una consecuencia de realidades económicas

que se conoció popularmente con el «Plan Beveridge», fue comisionado por el gobierno británico durante la Segunda Guerra Mundial para ponerlo en práctica aunque se encontró falta de apoyo por parte de los conservadores. Tras las elecciones de 1945 el gobierno laborista de Clement Attlee llevó a cabo el programa de Beveridge punto por punto, con gran éxito y apoyo popular.

Podemos preguntarnos por qué terminó triunfando el modelo socialdemócrata después de las largas luchas en el siglo XIX y de dos feroces guerras mundiales en el siglo XX. ¿Puede ello deberse, simplemente, a que la razón se impuso por ser este modelo mejor que el de simple *laissez-faire* que había preconizado la economía clásica? Algo hay de eso, sin duda, pero esta respuesta idealista no tiene en cuenta un factor muy importante: además de las luchas sociales entre proletariado y burguesía en el siglo XIX, el fenómeno general subyacente fue un proceso de intenso desarrollo económico, como hemos visto. El modelo asistencial socialdemócrata requiere un grado de riqueza social que, simplemente, no existía en el siglo XIX pero sí en el XX, como consecuencia, precisamente, de ese desarrollo económico.

El Estado de bienestar es un lujo que solo los países ricos se pueden permitir. Baste recordar que en el siglo XIX los presupuestos estatales en los principales países euro-

peos representaban aproximadamente el diez por ciento de la renta nacional y que la mayor parte del gasto público se lo llevaba la defensa. Era imposible con un Estado tan pequeño llevar a cabo el gasto social y redistributivo que llevan a cabo hoy los Estados de los países desarrollados, cuyo presupuesto viene a apropiarse del cuarenta por ciento de la renta nacional, la mitad del cual, aproximadamente, se destina a gastos asistenciales.

En otras palabras, el programa de la socialdemocracia ha triunfado porque los países ricos se lo pueden permitir. En los países menos ricos la seguridad social es mucho menos completa, y en los pobres virtualmente inexistente. Más que de ideas, el Estado de bienestar es una consecuencia de realidades económicas.

EL FIN DEL COMUNISMO. ¿Y EL FIN DE LA HISTORIA?

Si algo se hizo evidente durante la segunda mitad del siglo xx fue la superioridad del modelo socialdemócrata sobre el comunista. Esto quedó ya meridianamente claro hacia 1980, cuando los sucesores de Mao Tse-Tung, en una China devastada por tres decenios de comunismo maoísta, llamaron a Milton Friedman para que les asesorara acerca de cómo estimular el crecimiento económico y este les recomendó abolir los controles y dejar que el mercado tomase las decisiones económicas. Los autócratas chinos tuvieron la valentía de asumir un cambio tan radical —al fin y al cabo, ellos ostentaban un poder dictatorial— y su decisión se vio seguida por uno de los éxitos económicos más espectaculares de la historia: en los tres decenios siguientes, la China políticamente comunista

y económicamente capitalista se ha convertido en una potencia económica mundial, disputando la primacía a los mismos Estados Unidos, con los que simultáneamente compete y colabora, al tiempo que financia.

No sabemos con certeza si una prueba tan palmaria de la inferioridad del sistema económico comunista influyó en el ánimo de los jefes soviéticos; de lo que no cabe duda es de que por esas fechas en el Politburó del Partido Comunista ruso algunos elementos pensaban que el arcaico funcionamiento de la economía soviética necesitaba una reforma a fondo. La nueva política de no intervención de la Unión Soviética de Gorbachov, permitió que los regímenes comunistas de Europa oriental se vinieran abajo con sorprendente rapidez a partir del otoño de 1989.

El año siguiente a la caída del comunismo en Europa, Francis Fukuyama, politólogo americano de origen japonés, publicó un libro, *El final de la Historia y el último hombre*, que hizo fortuna. En el cuarto de siglo largo que siguió a la publicación del libro no se ha observado ninguna tendencia internacional convergente: el populismo y el nacionalismo, dos caras de un mismo fenómeno y muy opuestas a la convergencia, han crecido y se han expandido. En Estados Unidos, la patria de Fukuyama, la elección de Trump ha marcado una clara proclividad hacia la divergencia internacional, y lo

Simon Kuznets llegó a la conclusión de que la desigualdad económica aumenta en las primeras etapas del desarrollo y disminuye en las economías más maduras

mismo ha hecho el *Brexit* en la Unión Europea. Ambos fenómenos han tenido lugar precisamente en países que representan la quintaesencia y la cuna de la democracia liberal.

Es cierto, sin embargo, que tras el fracaso del fascismo y el nazismo, por un lado, y del comunismo, por otro, la democracia liberal (en sus diferentes versiones más o menos socialdemócratas) queda como el único sistema que ha resistido el paso del tiempo (varios siglos, muchos o pocos según lo definamos), y que la ciencia social nos ofrece con un mínimo de garantía y solvencia. Y es cierto también que el capitalismo liberal en el siglo xix y su sucesor, el sistema socialdemócrata, en el siglo xx, han producido un crecimiento económico y un aumento del bienestar para un número creciente de seres humanos como no se ha conocido nunca en la historia. Los gráficos 1 y 2 son bien elocuentes en este sentido.

Un dato muy sencillo completará esta evidencia: durante casi toda la historia humana, desde la prehistoria al siglo xviii, la esperanza de vida al nacer del individuo medio ha sido de unos 25-30 años. A principios del siglo xix, la esperanza de vida media había subido hasta cerca de los 40 años. A principios del siglo xx estaba en torno de los 60 años; en 2015 estaba en 71,1 años. Desde la revolución industrial, por lo tanto, la longitud de la vida humana ha hecho mucho más que doblarse: se ha multiplicado por 2,4. Naturalmente, en los países ricos la esperanza de vida es mayor que en los pobres. El caso de España es paradigmático: en 1900, la esperanza de vida era de 35 años; en 2015 era algo superior a 83 años.

Hemos pasado en 115 años de ser uno de los países menos longevos de Europa a ser el más longevo de la Unión Europea y uno de los más longevos del mundo, con Japón y Suiza. Esto nos da una idea del aumento del bienestar en el mundo y en España en poco más de dos siglos. La humanidad ha experimentado en los últimos doscientos cincuenta años un progreso económico y social sin precedentes en la historia.

DESIGUALDAD Y JUSTICIA SOCIAL

Sin embargo, los frutos del progreso económico no se han repartido todo lo equitativamente que muchos hubieran querido. Como hemos visto, a partir de mediados del siglo XIX el nivel de vida de las clases trabajadoras mejoró sensiblemente, lo cual quitó dramatismo a sus reivindicaciones, aunque estas no cesaron y al final lograron sus objetivos. Sin embargo, las desigualdades sociales han subsistido en los países adelantados, pese a la mejora general de los niveles de vida.

En frase de Simon Kuznets, un gran economista que se ocupó de estos problemas, el crecimiento económico ha actuado como la pleamar, que eleva a todos los barcos, grandes y pequeños. Los estudios de Kuznets le llevaron a la convicción de que la desigualdad económica aumenta en las primeras etapas del desarrollo y disminuye en las economías más maduras.

Efectivamente, la minoría más rica en la economía de Estado Unidos aumentó su parte en la renta nacional hasta aproximadamente la Primera Guerra Mundial, pero esa parte disminuyó en el periodo de entreguerras

y hasta la bien entrada la segunda posguerra. Esta evidencia popularizó entre los economistas la llamada U invertida de Kuznets, como la tendencia histórica de la evolución de la desigualdad en los países desarrollados. Al difundirse la tranquilizante teoría de Kuznets, durante varias décadas se perdió algo el interés por los temas de distribución, aunque persistió la discusión sobre si los valores igualitarios debían prevalecer, o no, sobre los de eficiencia.

Sin embargo, en el último cuarto del siglo xx los estudios empíricos fueron detectando un progresivo deterioro en la distribución de la renta, especialmente en los Estados Unidos, y esto avivó el interés de los economistas en los problemas de la equidad, interés que se ha agudizado con la Gran Recesión del siglo xxi, que ha provocado numerosas denuncias de empeoramiento de la distribución de la renta en casi todos los países desarrollados.

Los indicadores más utilizados para medir la distribución individual de la renta, como el de Corrado Gini, estadístico italiano, dividen a la población en grupos por su nivel de renta y determinan qué parte de la renta total va a parar a los grupos más pobres y a los más ricos. Si todos los individuos recibieran la misma renta, el indicador de Gini alcanzaría un valor de 0; si toda la renta fuera a parar a una pequeñísima minoría y la mayoría restante quedara totalmente desposeída, el indicador alcanzaría un valor de 1. Los valores bajos del indicador reflejan situaciones bastante igualitarias, los valores altos, lo contrario. Se ha argüido que una distribución totalmente igualitaria (va-

lor 0), no es posible, ni tampoco deseable, porque una cierta medida de desigualdad estimula a los trabajadores a esforzarse y esmerarse. El problema radica en qué medida de desigualdad es aceptable y deseable, y cuál es injusta y rechazable. Sobre esto, desde luego, no hay acuerdo ni entre los estudiosos ni entre el público en general. Lo que levanta la alarma es un deterioro continuado, una subida muy perceptible del coeficiente de Gini como el que ha tenido lugar durante los últimos cuarenta años, que parece trocar la U invertida de Kuznets en una U derecha.

Hay una serie de autores bien conocidos de la profesión que han hecho trabajos importantes sobre estas cuestiones, pero el libro que ha alcanzado grandes tiradas y ha atraído la atención no solo de los economistas profesionales, sino también de una parte del público no especializado, es el del francés Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, que sostiene que la teoría de Kuznets es falsa, porque la distribución de la renta depende mucho más de la política que de la economía. Según Piketty, la mejora de la distribución durante las décadas centrales del siglo xx se debió precisamente la introducción del Estado de bienestar, pero el abandono de las políticas redistributivas que este inicialmente conllevó, junto con la disminución del crecimiento, que Piketty considera ine-

El programa de la socialdemocracia ha triunfado porque los países ricos se lo pueden permitir. En los países menos ricos la seguridad social es mucho menos completa, y en los pobres virtualmente inexistente

vitable entre otras razones porque el mantenimiento de los ritmos de crecimiento de los dos últimos siglos pronto esquilmaría los recursos del planeta, ha producido este deterioro en los niveles de equidad, que solo puede remediarse con unas políticas renovadas de nivelación, como un aumento del impuesto sobre el patrimonio, que debiera imponerse en todo el mundo para evitar la evasión de capitales.

También tiene interés la distribución internacional de la renta, la diferencia entre la riqueza media de unos países y de otros. Este problema es hoy casi más importante que el de la distribución interindividual, por una razón muy simple: hacia el año 1000, había una gran homogeneidad: todos los países eran igualmente pobres. En 1998, la renta media por habitante de los países más desarrollados era unas siete veces mayor que la del resto del mundo, aunque el resto del mundo también es hoy más rico que antes.

Estas desigualdades internacionales provocan grandes tensiones políticas y poderosas corrientes migratorias que a su vez también causan fuertes tensiones en los países recipientes de mano de obra. Aunque las desigualdades han disminuido en las décadas más recientes, en gran parte por el gran crecimiento de China, India y algunos otros países en vías de desarrollo, las tensiones persisten, e igualmente continúan los reproches de los países pobres hacia los ricos, alegando que la riqueza de estos se ha acumulado a costa de aquellos. Sin negar que haya habido casos frecuentes de explotación internacional, sin embargo, esta acusación no es cierta. La teoría del capital

humano, la de las diferentes dotaciones físicas de las varias regiones del globo y el hecho de que muchos países recientemente subdesarrollados, como los antes citados, más otros, como Finlandia o Corea del Sur, se hayan situado hoy entre los más desarrollados del mundo, ponen en entredicho las teorías simplistas de la explotación internacional. ■

Gabriel Tortella es catedrático emérito de Historia de la Economía (Universidad de Alcalá de Henares). Doctor en Economía por la Universidad de Wisconsin y en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid. Premio Rey Juan Carlos I de Economía en 1994. Su última obra es *Capitalismo y revolución* (Gadir, 2017).